

Reconectando a los **estudiantes** con la **naturaleza**

H. THOMAS GOODWIN

Los magníficos relatos de la creación nos presentan a los seres humanos creados por Dios (Génesis 2:7) dentro de un jardín lleno de plantas y animales (versículo 8). Se les dio inmediatamente dominio sobre las criaturas del mar, cielo y tierra (1:26, 28) y la primera acción de Adán que se registra, es la de dar nombres a los animales (2:19); una tarea que implicaba un conocimiento íntimo de esas criaturas con el reconocimiento de su valor.¹

Esto me muestra dos hechos esenciales acerca de las relaciones entre la humanidad y la naturaleza. Primero, *necesitamos la naturaleza*. Tenemos una afinidad profundamente arraigada y culturalmente transversal por el mundo natural, que el biólogo de la Universidad de Harvard, Edward O. Wilson ha llamado *biofilia*.² Mientras que Wilson interpreta la *biofilia* en términos puramente evolutivos, el educador cristiano reconoce la misma afinidad como enraizada en la creación. En este artículo se presenta la necesidad que tenemos de la naturaleza; asimismo se presenta documentación respecto a estudios que respaldan los beneficios educativos y espirituales que resultan de la interacción con el mundo natural.

El segundo hecho igualmente importante es que: *La naturaleza nos necesita*.



Podemos estar seguros de que la mayoría de las especies no interactúan directamente con los seres humanos; la mayoría de los escarabajos pueden vivir bien si nosotros desaparecemos del planeta, y muchas especies, si pudieran pensar y hablar, estarían contentas de que desaparezcamos (debido a nuestro pésimo historial para cuidarlos).

Sin embargo, dado el poder incuestionable que los seres humanos tenemos sobre el ecosistema del mundo, la naturaleza nos necesita para que ejerzamos nuestro poder fielmente –como buenos mayordomos o cuidadores de la creación de Dios.

Tenemos una afinidad profundamente arraigada y culturalmente transversal por el mundo natural.



La naturaleza necesita nuestro cuidado.

Entonces, la naturaleza nos necesita para su *cuidado*.

Desafortunadamente, las tendencias de nuestra sociedad occidental moderna entran en conflicto con estos dos importantes hechos. Hemos modificado significativamente el mundo natural, creándolo a nuestra propia imagen y degradando severamente importantes ecosistemas naturales tales como las praderas nativas, las lluvias tropicales y los arrecifes de corales. Ahora también los humanos parecen estar influyendo el sistema climático mundial a través de la producción de grandes cantidades de gases de efecto invernadero. Más aún, dedicamos casi todo nuestro tiempo a vivir, trabajar, jugar, viajar, enseñar y aprender, dentro del confort de un ambiente hecho por el hombre y frecuentemente dedicando muy poco tiempo a estar en los lugares naturales. Muchos niños (y adultos) son por lo tanto analfabetos acerca del mundo natural que los rodea, habiendo reemplazado la *biofilia* por *tecnofilia*. ¿Cómo, entonces, podremos oír y observar las alabanzas que las criaturas le dan a Dios? Y, ¿por qué cuidaríamos de estas criaturas si no sabemos nada acerca de ellas?

Matthew Sleeth, un físico cristiano que ha llegado a ser el portavoz de la conciencia ambiental cristiana, ilustra este analfabetismo contando de una presentación que él hizo para un grupo de treinta adolescentes en el noreste de EE. UU. Todos menos dos, identificaron un Hummer cuando vieron una foto de este enorme vehículo todo terreno. En contraste, solamente dos adolescentes identificaron una hoja de arce —aun cuando el arce es un árbol común en la zona que los rodea y además es el símbolo nacional de Canadá, que está apenas unos pocos kilómetros al norte. Sleeth escribe, “Si este es el mundo de nuestro

Padre, tal vez deberíamos prestarle más atención”.³

Superar este abismo entre la humanidad y la naturaleza —reparando la brecha, para usar una frase bíblica— es digno de nuestros esfuerzos como educadores cristianos. Cuando planificamos actividades para que nuestros estudiantes se reconecten con la naturaleza —el segundo libro de Dios— los ayudamos en lo educacional, físico, psicológico y espiritual para que experimenten una estimulación intelectual inquisitiva y un *regocijo* trascendente, como consecuencia de la creación de Dios. También ayudaremos a formar futuros ciudadanos que entiendan y cuiden mejor todo lo que tiene que ver con la creación de Dios. Serán personas que elegirán más fácilmente un estilo de vida que abogue por políticas



que preserven el ecosistema de la tierra. Incluso algunos encontrarán sus vocación profesional en la administración o conservación de los recursos naturales.

¿Pero cómo hacemos esto? ¿Cómo pueden los educadores adventistas ayudar a “reparar la brecha” entre nuestros estudiantes y la creación de Dios? Aunque probablemente no haya una solución simple que funcione para todos, el resto de este artículo sugiere tres principios para hacer posible este valioso objetivo. Los dos primeros se aplican tanto a educadores seculares como a cristianos; el último está en el dominio de la docencia basada en la fe. Consideremos cada uno de ellos.

1. Incentive una experiencia con la naturaleza que sea directa y significativa;
2. Mejore la enseñanza de las ciencias para llegar a una conexión más relevante con ella;
3. Articule conscientemente una ética bíblicamente sustentada que reconozca el valor de toda la creación, incluyendo lo que no ofrece directo beneficio a los seres humanos

Incentive una experiencia con la naturaleza que sea directa y significativa

Muchos niños son naturalistas en potencia —cuando tienen la oportunidad disfrutan cazando insectos, mirando animales y pájaros o construyendo un fuerte en el monte. Desafortunadamente, muchos niños no tienen estas oportunidades o no las aprovechan. Dadas las comodidades del aire acondicionado y la calefacción pasan horas sentados frente a la computadora; esto es más atractivo que atrapar ranas en la laguna mientras los mosquitos revolotean alrededor; y los padres, con razones para temer que alguna patología desconocida afecte a sus hijos, los mantienen en la casa —o por lo menos dentro del patio. Así el impulso por lo natural yace inactivo o totalmente anulado.

Debido a nuestro objetivo de “reconectar” a los estudiantes con la naturaleza, tanto padres como educadores tenemos una gran oportunidad para ayudarlos a (re)descubrir estos simples placeres. Debemos comenzar con experiencias no forzadas, basadas en descubrir el mundo natural. Debemos animar a los niños a explorar los bosques y prados, a visitar la playa o un zoológico. Tenemos que fomentar pasatiempos tales como la observación de aves y la recolección de rocas.⁴

Mientras que muchas de estas actividades pueden ser llevadas a cabo en ambientes de aprendizaje menos estructurados, como

en el hogar, algunos docentes innovadores pueden promover un contacto directo con la naturaleza en su clase. Por ejemplo, pueden instalar un comedero de pájaros cerca de la ventana y pedir que presten atención a qué clase de pájaros acuden en diferentes momentos del año. Pueden guiar a sus alumnos para hacer una colección de hojas, insectos, ostras, fósiles o rocas. Pueden usar un microscopio simple para inspeccionar y documentar la vida en la gota de agua de una laguna. Las oportunidades son infinitas.

Estas experiencias son especialmente críticas para los niños más pequeños, pero el contacto con la naturaleza puede ser formativo aun en los años de universidad. Como un ejemplo personal, yo elegí agregar una especialidad en biología a mis estudios universitarios (mi carrera era teología), en parte porque me maravillé frente a la complejidad de vida de un simple bosque, una mañana de verano antes de hacer mi último año de universidad. Después terminé siendo un biólogo de carrera. Catorce años de experiencia como docente universitario han confirmado ese compromiso, ya que muchos estudiantes han expresado su agradecimiento por las actividades de laboratorio o estudios de campo que los conectaron con la naturaleza. Esa experiencia hace más que transmitir información; les permite encontrar gozo, misterio y admiración en la creación de Dios.

Mejore la enseñanza de las ciencias (especialmente la biología)

Para tratar de ayudar a nuestros alumnos a reconectarse con la naturaleza, debemos considerar mejorar la enseñanza de las ciencias, especialmente la biología, de modo que se comunique efectivamente la interconexión y la relevancia humana del mundo natural –una tarea irónicamente complicada por el éxito de la ciencia moderna.⁵ El crecimiento y enorme complejidad del conocimiento biológico ha llevado a una creciente especialización y fragmentación, haciendo difícil la tarea a los docentes y estudiantes que desean descubrir lo fundamental, los temas unificadores y el valor humano de la naturaleza. Abrumados por la enorme masa de conocimientos especializados, pueden desarrollar un sentido limitado del por qué de cuidar la creación de Dios y pueden llegar a perder total interés en las ciencias.

¿Cómo relacionarlos dada la impresionante complejidad de la materia? Edward O. Wilson saca experiencias de su larga carrera de docencia en Harvard y ofrece



cinco principios generales. Los mismos se aplican primordialmente a educadores universitarios y estudiantes avanzados de secundaria, pero también pueden ser adaptados a niveles inferiores.

1. *Enseñe de arriba hacia abajo, comenzando con lo más global, conceptos generales y entonces ir a lo particular.* Esto ayuda a los estudiantes a colocar el conocimiento específico en un contexto que lo hace significativo. Para el educador cristiano, por ejemplo, el concepto más relevante y amplio en la enseñanza de las ciencias es la creación –el cosmos es el trabajo de Dios, no simplemente el producto del tiempo, casualidad y ley natural.

2. *Relacione el conocimiento específico a otras disciplinas, especialmente las humanidades, enfatizando las conexiones de todo el conocimiento.* Así permite que sus alumnos encuentren múltiples “anzuelos” para el aprendizaje mostrando la unidad del conocimiento del mundo de Dios. Como ejemplo, la ciencia de la ecología (el estudio de las relaciones entre las cosas vivientes y el ambiente) se relaciona con disciplinas tales como la economía, la política y la teología.

3. *Céntrese en la resolución de problemas más que en hechos o disciplinas específicas.* Este enfoque permite a los alumnos ver las interrelaciones entre disciplinas y propicia el razonamiento necesario para enfrentar muchos de los problemas de la sociedad moderna. Por ejemplo, resolver la mayoría de los problemas de conservación depende también (o más) de cuán efectivamente se resuelvan los

Quando planificamos actividades para que nuestros estudiantes se reconecten con la naturaleza –el segundo libro de Dios– los ayudamos en lo educacional, físico, psicológico y espiritual para que experimenten una estimulación intelectual inquisitiva y un regocijo trascendente, como consecuencia de la creación de Dios.

asuntos sociológicos, políticos y económicos para aplicar un buen conocimiento biológico.

4. *Muéstrase apasionado por lo que Ud. hace –un genuino amor por la naturaleza– y promueva esta pasión en sus estudiantes.* Todos los docentes saben que los alumnos están más propensos a aprender e interesarse cuando el profesor manifiesta un profundo interés. ¡Deles la oportunidad de percibir y “capturar” su pasión por la creación de Dios!

5. *Anime a los estudiantes (especialmente aquellos que planifican seguir alguna carrera de ciencias) a lograr un enfoque del aprendizaje con la forma de T:* obtenga una comprensión general de una amplia gama de temas (la parte horizontal de la T), pero después vaya a un área de interés personal (la parte vertical de la T). Este enfoque ayuda a moldear ciudadanos informados con un amplio y relevante conocimiento acerca de la naturaleza, así como profesionales efectivos con conocimiento especializado en áreas específicas.⁶

Las sugerencias de Wilson se transfieren fácilmente a la educación cristiana. Los docentes de ciencias en escuelas secundarias y universidades enfrentan los mismos desafíos que nuestros colegas seculares –ayudar a los alumnos a obtener una amplia e interconectada serie de temas sobre la naturaleza y al mismo tiempo llegar a manejar apropiadamente los detalles técnicos, mientras los conducimos a que genuinamente aprecien el mundo natural. Debemos proponernos enseñar bien, en el contexto de la explosión de un conocimiento creciente, detallado y complejo. Las sugerencias de Wilson ofrecen un buen punto de partida.

Sin embargo, los educadores cristianos deben ubicar esta tarea en otro marco de referencia, dándole un significado diferen-

te. Wilson, en un contexto totalmente secular, cree que el “conocimiento científico, humanizado y bien enseñado, es la clave para lograr un balance en nuestras vidas”.⁷ Ese conocimiento, según él, llevará a los estudiantes a comprender *por qué* deben tomar cuidado de la naturaleza, guiándolos a elecciones que están más en armonía con el ritmo natural. Pero los hechos naturales –no importa cuán bien sean enseñados– son insuficientes para “reparar la brecha” entre los alumnos y la creación de Dios. Como educador cristiano, creo que debemos hacer más: debemos articular y modelar una ética desde una perspectiva bíblica que reconozca el valor inherente de la creación. Veamos este principio.

Promover una ética bíblica

Mejorar la enseñanza de las ciencias es importante debido a que damos mayor valor cuando entendemos cómo funcionan los sistemas y por qué son relevantes para el bienestar del ser humano. Sin embargo, el conocimiento científico por sí mismo nunca puede apoyar una postura ética adecuada hacia la creación, una actitud que reconoce su valor y significado inherente. De hecho, una perspectiva científica secular ve toda la naturaleza, incluyendo

la humanidad, como solamente el producto del tiempo, casualidad y necesidad en un universo ciego a las preocupaciones, esperanzas o miedos de los seres humanos. Desde esta perspectiva, la naturaleza solamente existe –no tiene significado o valor inherente. Podemos arbitrariamente asignarle valor porque así nos gusta o porque satisface nuestras necesidades, pero tal valor es meramente una preferencia, no una obligación moral.

El biólogo cristiano Fred Van Dyke y sus colegas llaman a esto “el gran fracaso de la ética ambiental moderna” porque el “valor último de la creación no puede ser encontrado dentro de la creación en sí misma”.⁸ En contraste con esta ética centrada en el ser humano, la Biblia enseña que la creación tiene valor porque Dios la llama buena (Génesis 1:10, 12, 18, 21, 25, 31). Aun criaturas que no tienen aparente importancia para los humanos poseen valor para Dios. Efectivamente, en su majestuosa respuesta al lamento de Job, Dios “parece asumir satisfactoriamente cuán completa y asombrosamente inútiles (para nosotros) son algunas de las criaturas que él ha hecho”⁹ criaturas como el leviatán.

Van Dyke y su grupo de colegas urgen a las universidades cristianas a colocar

¿Cómo pueden los educadores adventistas ayudar a “reparar la brecha” entre los estudiantes y la creación de Dios?





esta perspectiva teológica como eje de sus enseñanzas de ciencias, a transmitir una “ciencia arrepentida” que guía a los alumnos a “celebrar la creación y no solamente a medirla”.¹⁰ Una enseñanza así busca producir más que conocimiento –busca formar nueva gente porque “la Biblia nunca considera una verdad como conocida, hasta que no controla la vida de quien la escucha”.¹¹ Esto dará un resultado: jóvenes que no solamente entiendan la creación de Dios, pero que también la valoren y la cuiden porque es la obra de Dios.

¿Cómo podemos enseñar de este modo? Aun cuando estoy comenzando a explorar esta pregunta, dos puntos parecen claros. Primero, los docentes pueden intencionalmente abrir espacios en los cursos y currículos departamentales para articular y explorar una ética del “cuidado de la creación” basada en la Biblia. La mayoría de las instituciones terciarias, por lo menos en Norteamérica, enseñan cursos que exploran la interface entre la enseñanza bíblica acerca de la creación y la biología. Este curso suele enfocarse en el debate creación-evolución, pero puede ser ampliado para considerar las implicaciones de la doctrina de la creación en otras áreas de la biología, incluyendo la mayoría del ambiente. Yo he experimentado animadores resultados, aunque incipientes, de mis intentos de hacerlo en esta clase.

Segundo, debido a que nuestro objetivo es ayudar a nuestros estudiantes a que incorporen una ética que legítimamente valore la creación, los educadores adventistas crearán oportunidades para modelar y animar a sus alumnos a adoptar y practicar formas de vida éticas. Los docentes

adventistas tienen muchas ocasiones para formar –a un nivel personal y organizacional– estilos de vida y políticas que respeten el valor de la creación de Dios. Además, algunos cursos se prestan para aplicaciones prácticas del “cuidado de la creación.” Por ejemplo, dos cursos de biología de la Universidad de Andrews están designados como cursos para “aprender a través del servicio” y requieren que los estudiantes tengan un proyecto de servicio que esté relacionado con el curso. Estos proyectos les dan oportunidades para cuidar o enseñar directamente a otros (normalmente en escuelas primarias y clubes de Conquistadores) la valoración de la creación de Dios.

No estoy abogando por una versión diluida y “espiritualizada” de la enseñanza de las ciencias. La educación de ciencias, en una escuela adventista, debe ser tan rigurosa como en un ambiente secular, esperándose que los estudiantes manejen los aspectos técnicos del conocimiento científico moderno. Pero debe hacer más, situando este conocimiento –firmemente– dentro del marco cristiano que ilumina el valor y significado real de toda la naturaleza.

¿Cuál es nuestro producto?

Para sanar la brecha entre la humanidad y la naturaleza se necesita que ayudemos a nuestros alumnos a apreciar el valor genuino de la creación. Este artículo ha sugerido tres principios para hacerlo posible. Primero, estimular un contacto más directo y significativo con el mundo natural, permitiendo a los estudiantes descubrir las maravillas de la creación y

experimentar genuinamente la *biofilia*. Segundo, trabajar para mejorar la educación de las ciencias, especialmente en los niveles secundario y terciario, de modo que los alumnos entiendan claramente la interconexión de la relevancia humana en los sistemas naturales. Tercero, ayudar a formar gente, desde una ética bíblica, que entienda y practique en sus vidas diarias lo inherente al significado que Dios da al valor de la naturaleza. Debido a que este valor es asombrosamente alto –Dios llama “buenas” a sus criaturas y considera toda la creación como “muy buena”– los estudiantes que hayan incorporado esta perspectiva apreciarán y buscarán intencionalmente contactarse con la naturaleza buscando servir como buenos mayordomos de la creación, concretando el llamado inicial dado a Adán y Eva en el jardín. Funcionarán como “reparadores de la brecha” entre la humanidad y el resto de la buena creación de Dios.



H. Thimas Goodwin es profesor en la Universidad Andrews, en Berrien Springs, Michigan, donde enseña cursos de Biología, Paleontología y Geología.

REFERENCIAS

1. F. Van Dyke, D. Mahan, J. Sheldon y R. Brand, *Redeeming Creation: The Biblical Basis for Environmental Stewardship* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1996), pp. 97, 98.
2. E. Wilson, *The Creation: An Appeal to Save Life on Earth* (Nueva York: W. W. Norton), p. 63.
3. J. Matthew Sleeth, *Serve the Planet: A Christian Call to Action* (White River Junction, Vermont: Chelsea Green), p. 47.
4. Estas ideas fueron desarrolladas por Wilson en *The Creation*, pp. 139-147.
5. *Ibid.*, p. 130.
6. *Ibid.*, pp. 131-138. Los principios son de Wilson, pero los ejemplos específicos, especialmente los del contexto cristiano, son míos. Wilson, quien se autodescribe como un humanista secular, obviamente elegiría otros ejemplos.
7. *Ibid.*, p. 12.
8. Van Dyke et al., *Redeeming Creation*, p. 46.
9. *Ibid.*, p. 49.
10. *Ibid.*, p. 38.
11. *Ibid.*, p. 39.